

CAPÍTULO I

HISTORIA

RESEÑA CRÍTICA DE *LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA,* DE EDUARDO GALEANO

Es costumbre muy corriente asimilar los empresarios y capitalistas a los nobles de la sociedad feudal. La comparación se basa en la riqueza de ambos frente a la penuria en que viven sus semejantes. Sin embargo, al establecer este paralelo se pasa por alto la diferencia fundamental que existe entre la riqueza de una aristocracia de tipo feudal y la riqueza «burguesa» o capitalista.

LUDWIG VON MISES,
La mentalidad anticapitalista

Dos grandes intelectuales clásicos de la economía política como Adam Smith y Karl Marx han enfatizado en sus escritos la defensa de la «libertad». Sin embargo, el término recibe diferentes significados (Mazzina, 2007), y con ello el objetivo de estos y otros autores que luchan por la libertad se vuelve claramente contradictorio. Mientras el primero defendió la *libertad individual*, y con ello la economía de mercado, la propiedad privada y el gobierno limitado, el segundo defendió una noción de libertad consistente con los *derechos colectivos* de los trabajadores, atacando los principios básicos defendidos por el primero.

En cada país del globo parece haber *dos pueblos* separados por las ideas de estos autores; sin embargo, en Latinoamérica predomina una *mentalidad anticapitalista* (Mises, 1979). Uno de los posibles responsables de esta tendencia puede ser Eduardo Galeano, autor de *Las venas abiertas de América Latina* (1971), un libro de divulgación que habla de la economía política «en el estilo de una novela de amor o de piratas», pero con ideas muy claras que merecen ser consideradas. El libro recibió la censura en varios países, lo cual no solo fracasó en limitar su lectura, sino que lo convirtió en un éxito rotundo. El mismo autor, explicó siete años después (1971, pág. 339) de su publicación inicial que «los comentarios más favorables que este libro recibió no provienen de ningún crítico de prestigio sino de las dictaduras militares que lo elogiaron prohibiéndolo. Por ejemplo, *Las venas* no puede circular en mi país, Uruguay, ni en Chile, y en la Argentina las autoridades lo denunciaron, en la televisión y los diarios, como un instrumento de corrupción de la juventud». Terminado aquel nefasto período de restricciones a las libertades individuales y a la libertad de expresión, *Las venas* hoy se puede comprar en cualquier librería. Lectores que jamás han leído un libro de historia, economía o política, se han visto envueltos por esta magnífica pluma, la que los atrapó y fue contagiándose de lector a lector, hasta formar parte de la *cultura anti-capitalista* que hoy predomina en la región.

Galeano ofrece en este *clásico latinoamericano* un recorrido por la historia de la región desde la conquista de América hasta el año 1970. Pero este no es solo un libro de historia, si bien se nutre del trabajo de numerosos y prestigiosos historiadores. El libro encuentra sentido como un estudio de economía política aplicada de la tradición marxista a los constantes saqueos de recursos naturales y capitales que ha sufrido el pueblo

latinoamericano de parte de los imperios coloniales en los siglos XVI, XVII y XVIII, y de parte de los Estados imperialistas, principalmente el Reino Unido y Estados Unidos, desde el siglo XIX en adelante.

El objetivo del libro es transmitir una tesis muy clara que podemos resumir en los siguientes cinco puntos:

1. Ha existido una continua política de saqueo desde la época de la Colonia hasta nuestros días.
2. Fue precisamente ese saqueo el que impulsó el mayor desarrollo relativo europeo respecto de Latinoamérica.
3. El orden económico vigente no es la consecuencia de un orden espontáneo, sino un orden generado a través de la planificación central americana, primero con el cuerpo de políticas gubernamentales, y luego con los tentáculos de las empresas multinacionales que saquean a todos los países en los que se introducen.
4. La culpa de nuestros males (pobreza, indigencia, desocupación extendida) es del mundo desarrollado. Nuestra pobreza es la contrapartida de la riqueza de los países centrales.
5. La única forma de interrumpir este proceso y darle esperanza a los pueblos latinoamericanos es a través de la violencia, expropiando la propiedad privada de los medios de producción a quienes han abusado de él.

Dice Galeano que escribió *Las venas* para difundir ideas ajenas y experiencias propias. Tal es así que el escritor uruguayo se nutre de una selección de autores, la mayoría de ellos historiadores, pero sin abandonar la economía y las ciencias políticas, para fundamentar su tesis.

Nuestra reseña crítica intentará justamente ahondar en su historia y su economía en la sección 2, en su política en la sección 3, pero comenzando primero por nuestra visión del mundo, la que tiene su origen justamente en los escritos de Adam Smith, y que se completa más tarde con otros autores de tradición escocesa (David Hume y Adam Ferguson), de la Escuela Austríaca (Ludwig von Mises, Friedrich Hayek, Murray Rothbard e Israel Kirzner), de la Escuela de la Elección Pública (James M. Buchanan) y finalmente aquellos que enfatizan el rol de las instituciones (Douglass North y Ronald Coase), por mencionar una cantidad de autores representativos.

1. Nuestra visión del mundo

La principal motivación de escribir este ensayo es que *Las venas* desafía el modo en que interpretamos el sistema capitalista. Tanto Marx como Galeano, y tantos críticos que se alinean detrás de ellos, hacen una caricatura del sistema que critican, y entonces el diálogo entre *nosotros* los defensores y *ellos* los críticos, se vuelve imposible. Esto motiva que estas primeras páginas las destinemos justamente a definir el sistema que nos parece *ideal*, no porque pensemos que el mundo se comporta según estos lineamientos, sino porque pensamos que este es el *benchmark* que deberíamos intentar alcanzar a través de la política económica, atendiendo a las limitantes del actuar humano, sujeto a escasez de recursos, ilimitadas necesidades, problemas de conocimiento y problemas de incentivos. En ausencia de estas limitantes, *quizás* las distintas formas de intervencionismo y socialismo sean posibles y hasta deseables, *pero no lo son bajo estas limitantes, no en el mundo real.*

1.1. *El egoísmo como punto de partida*

Dice Galeano (1971, pág. 104) en *Las venas* que «en una sociedad socialista, a diferencia de la sociedad capitalista, los trabajadores ya no actúan urgidos por el miedo a la desocupación ni por la codicia. Otros motores —la solidaridad, la responsabilidad colectiva, la toma de conciencia de los deberes y los derechos que lanzan al hombre más allá del egoísmo— deben ponerse en funcionamiento. Y no se cambia la conciencia de un pueblo en un santiamén».

Esto nos da a entender que Galeano guarda la esperanza de que el hombre cambie en un sentido que a nuestro modo de ver es imposible que ocurra. Para que el socialismo sea posible y deseable, el hombre debería «superarse» hacia un nivel de «solidaridad» y de ciertos valores que pongan a los fines de la sociedad por encima de los fines individuales. No son casuales las comillas sobre el término «solidaridad», ya que con ello se intenta señalar que *bajo el socialismo la solidaridad no es voluntaria*, sino impuesta a todos los miembros de la sociedad, que deben aceptar que determinados fines superiores están por encima de sus voluntades y deseos, y que el fruto del trabajo que desarrollen será socializado más allá de sus preferencias.

Surgen entonces centenares de preguntas que los socialistas jamás han podido responder: ¿Quién define ese *set* de valores colectivos? ¿Quién define qué bienes y servicios deben ser producidos? ¿Cómo coordinamos a las millones de personas que se necesitan para llevar adelante esos procesos productivos con relativa eficiencia? ¿Quién define cómo deben ser distribuidos esos bienes y servicios? ¿Cómo resuelve el socialismo, en definitiva, el problema de conocimiento y el problema de los incentivos tan bien planteado por Mises (1922) y Hayek (1935; 1972)?

El sistema capitalista, al contrario del socialismo, es compatible con el egoísmo característico o inherente a los individuos que conforman la sociedad. Adam Smith (1776, pág. 402) decía que los individuos buscando su propio beneficio, de forma egoísta, logran un beneficio mayor que no era parte de sus intenciones. En palabras del autor, cada individuo «es conducido por una *mano invisible* a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios».

Ayn Rand (1961) incluso escribió un libro para enfatizar *La virtud del egoísmo*, que definido como «la preocupación por el interés personal» implica que todo ataque contra el «egoísmo» es un ataque contra la autoestima del hombre. En otros términos, el progreso individual motiva e impulsa el progreso colectivo. Si un individuo no puede disfrutar de la riqueza generada, qué incentivo tendrá para producirla. Si todos disfrutamos de lo producido por todos, qué incentivos tenemos para esforzarnos, para innovar, para ser creativos. Esto es un vacío en la literatura socialista que solo encuentra como respuesta un mítico cambio de actitud en los individuos. Debemos insistir en que *la riqueza no es un stock que hay que repartir, sino un flujo que hay que crear*.

1.2. *División del trabajo y cooperación social espontánea*

Adam Smith resumía en el párrafo anterior un correcto entendimiento del *capitalismo puro* que aquí defendemos. Para ilustrarlo, piense el lector en los bienes y servicios que diariamente consume. Piense, por ejemplo, en algo tan

simple como un lápiz. Leonard Read demostró en un artículo que hoy constituye un clásico que *nadie sabe realmente cómo producir un lápiz* (Read, 1996). Nadie es capaz de organizar o planificar el proceso de producción que hace posible algo tan simple como un lápiz. Y es que en realidad no es algo tan simple. Un lápiz contiene diversos elementos, como algo de madera, de pintura, de grafito, de metal o la mina. ¿Quién puede producir estos elementos? Absolutamente nadie. Millones de personas colaboran en la producción del lápiz, o de sus partes, y lo hacen de forma egoísta, descentralizada y coordinados de forma espontánea. Quien hoy está cortando un árbol con una sierra eléctrica no está pensando en el destino final de esa madera. Está pensando, solo, en la remuneración salarial que percibe por ese trabajo. Quien hoy transporta en un camión la madera hacia el aserradero tampoco tiene conocimiento del destino final de lo que transporta. Solo piensa en la remuneración que percibe. Quien vende la madera tampoco sabe el destino que el nuevo dueño le dará a esos insumos. ¿Será parte de una casa? ¿Serán muebles? ¿Serán lápices? No necesita saberlo. No desea saberlo. Solo busca que la venta del producto sea superior al costo total de producirlo. Esta búsqueda de retornos positivos que el empresario desarrolla a través de su función empresarial es lo que genera el desarrollo económico y el progreso.

¿Cómo es posible entonces este proceso de coordinación social espontáneo? La respuesta la encontramos en el *sistema de precios* (Hayek, 1945). A modo de ejemplo, piense el lector en el mercado de la soja, que hoy recibe demanda de ciertos consumidores en China y oferta de ciertas empresas agropecuarias en Estados Unidos y Argentina. Imagínese, solo a los efectos de ejemplificar, que la demanda de China se abastece 50 % a través de la producción argentina y la otra

mitad con la producción norteamericana. Ahora piense en lluvias insuficientes que arruinan las cosechas norteamericanas. La mala cosecha norteamericana implica una mayor escasez de soja a nivel global, que necesariamente impactará hacia arriba en su precio. Al subir el precio, esto comunica al productor en la Argentina que es una oportunidad para tomar la soja almacenada en el silo y venderla, puesto que hay una demanda insatisfecha. De este modo, observamos que el productor argentino recibió información a través de los precios de la mayor escasez de soja, lo cual le permitió actuar y satisfacer la demanda china, aprovechando el desequilibrio que ocasionó el desastre natural.

La sociedad capitalista en tiempos modernos ha logrado hacer uso de los precios para asignar con relativa eficiencia los recursos escasos. Pero cuidado, que *eficiente* no significa *perfección* en el uso de los recursos. Muchos economistas lamentablemente confunden eficiencia con perfección. Aquí eficiencia es compatible con *incertidumbre* y *error*.

1.3. *El cálculo económico y el significado de las ganancias y las pérdidas*

Cuando dos personas realizan un intercambio surge un *precio monetario*. Y son esos precios monetarios los que permiten al empresario hacer *cálculo económico*. Brevemente, es solo mediante estos precios monetarios que el empresario puede realizar la práctica contable y saber si los consumidores valoran o no los bienes o servicios que produce. En otros términos, tal como vimos en el ejemplo, *los precios permiten que los individuos tomen decisiones como si tuvieran mucho más conocimiento del que realmente tienen, al tiempo, que en desequilibrio, proveen oportunidades de ganancias que estimulan un proceso*

de descubrimiento empresarial que produce información previamente desconocida (Thomsen, 1989).

Si valoran su trabajo, el empresario recibirá *demanda* por su *oferta*, y entonces verá realizado su *precio esperado*, y percibirá *ganancias contables*. Si, por el contrario, el empresario no ve posibilidades de vender su producto, entonces deberá liquidar el *stock* a un precio menor, reduciendo su margen de ganancia y en ocasiones, incluso asumiendo *pérdidas contables*. Los beneficios positivos son un *premio* al empresario que asigna *eficientemente* los recursos. Los beneficios negativos o pérdidas son un *castigo* al empresario que asigna erróneamente los recursos.

En este sistema capitalista puro predomina entonces la *soberanía del consumidor*. Es el consumidor el que —a través de la demanda— le dice al empresario en qué dirección destinar los recursos. Si los destina en un sentido diferente al deseo del consumidor, entonces irá perdiendo esos recursos, los que se reasignarán en otras manos, a partir de las cuales tomarán un curso de acción diferente.

1.4. *Competencia y monopolios*

Es importante también diferenciar entre competencia perfecta y competencia real, siendo esta última rivalidad empresarial (Hayek, 1946). Históricamente los economistas han enfatizado el término *competencia* a través de ciertos desafortunados supuestos, como infinidad de oferentes y demandantes, precios dados, información plena y homogeneidad de bienes y servicios. Sin embargo, cualquiera de estos aspectos que realmente se cumpla, implicaría justamente ausencia de competencia.

La competencia real se da entre un número finito de oferentes y demandantes, donde cualquiera que deje de ofrecer o demandar un producto alterará el precio. *En un mercado competitivo los precios nunca vienen dados, ni son fijados arbitrariamente. Se determinan precisamente a través de la oferta y la demanda.*

Tampoco tiene sentido hablar de competencia de bienes perfectamente homogéneos. Cada unidad monetaria que gastamos puede destinarse a comprar cualquier bien o servicio que compita en el mercado. *Todos los bienes y servicios heterogéneos compiten entre sí por las mismas unidades monetarias.*

Qué rivalidad empresarial puede haber si los competidores cuentan con información plena. En el mundo real, los empresarios compiten justamente para ver quién advierte antes que el resto que hay una demanda insatisfecha o un desequilibrio en un mercado.

Esto a su vez abre una fuerte crítica al sentido de *equilibrio* en el que se centra la mayor parte de la teoría económica. En un mundo en equilibrio, no habría función empresarial, pues todos los mercados estarían equilibrados. Justamente aparece la función empresarial cuando se advierten desequilibrios en el mercado.

Adam Smith (1776) explicaba correctamente, y los austríacos lo siguieron en tal aseveración, que existe en el mercado una tendencia al equilibrio, pero que este no puede alcanzarse. Las preferencias y valoraciones de los consumidores van cambiando constantemente, y también lo hacen los recursos escasos de los que disponemos. Adam Smith introduce entonces el concepto de *competidor potencial*. No importa cuántos competidores efectivos hay en un mercado, sino las *barreras legales de entrada y de salida* que prevalecen en ese mercado. Un mercado puede tener un único oferente efectivo y ser un mercado competitivo, si esa empresa logra abastecer competitiva y eficientemente a ese mercado. Por el contrario, un

mercado puede contar con decenas de oferentes efectivos y ser un mercado no competitivo si se restringe el ingreso de nuevos competidores al mercado. Tal es el caso de las automotrices –al impedir el establecimiento de nuevas empresas o la simple importación de vehículos en tantos mercados– o las universidades –regulando contenidos y restringiendo el establecimiento de nuevas universidades privadas a través de los Ministerios de Educación– en prácticamente todos los países del mundo, donde constituyen un oligopolio.

Así definido notamos que no pueden surgir en este sistema capitalista puro ningún monopolio (Rothbard, 1962). Todas las tendencias observables marxistas de concentración de capital han quedado refutadas bajo la evidencia empírica –véase por ejemplo la dinámica del ranking anual de la revista *Fortune 500*–, pero también bajo la lógica, por su incomprensión de estos puntos. Una empresa líder que alcance mayor rentabilidad que la media en ese mercado difícilmente mantendrá su posición una década más tarde, pues la competencia seguramente le habrá arrebatado mercado.

Donde aún quedan monopolios es en aquellos sectores en que el Estado interviene y restringe la libertad económica y la competencia, como es el caso de los «monopolios naturales», con los servicios «públicos», esto es, la electricidad, el gas, el agua, el servicio de cloacas y la telefonía no inalámbrica. La razón de estos monopolios está en las *economías de escala*, lo cual ha sido discutido por una gran cantidad de autores.

Otro caso lo constituye la concesión de *patentes* y *copyrights* o *derechos de autor*, las que permiten a una empresa o autor disponer de un monopolio, justamente porque se limita la competencia.

Finalmente, el caso más común de monopolio es el que consiguen ciertos *pseudo-empresarios* a través del *lobby*, ganándose el favor del gobierno en lugar del favor del

consumidor, consiguiendo privilegios y favores que restringen la competencia. El lector debe saber reconocer que bajo un capitalismo puro no debería haber lugar para estos pseudo-empresarios, pues el gobierno tendría limitadas funciones que le impedirían jugar este rol de favorecer a empresarios a costa del consumidor.

1.5. *Nación y rol del Estado*

Cabe entonces analizar qué rol le otorga un liberal al Estado y qué significado le otorga a la nación. Al respecto, me parece que la mejor representación la encontramos en la filosofía política de Ludwig von Mises, quien «ve en el intento de la definición de fronteras un obstáculo para la expansión de la cooperación social (...) Los Estados, en última instancia, para Mises, no eran más que unidades administrativas. Las fronteras no eran más que divisiones del trabajo administrativo y no debían impedir la libre entrada y salida de capitales y de personas, cuestión clave en ese liberalismo internacionalista de Mises. Ser de tal nación o tal otra no tenía por qué definir una frontera ni estas eran en absoluto importantes para ello. Este es uno de los sueños más nobles de los liberales internacionalistas, con Kant a la cabeza, que a veces nos preguntamos, no si es económicamente posible o deseable (desde luego que sí), sino si es psicológicamente posible» (Zanotti, 2010, págs. 125-126).

En otras palabras, siguiendo a Adam Smith (1776), la *división internacional del trabajo* y la *cooperación social* alcanzan su máxima expresión cuanto más *extenso es el mercado*. Y será más extenso el mercado, cuantas más personas y territorios comprenda, y cuanto más diferentes sean estos, pues se

aprovechará la *complementariedad* que existe entre todos estos recursos, sean naturales o humanos.

En otro lugar, definí a la globalización como «aquel proceso que surge espontáneamente en el mercado y que actúa desarrollando una progresiva división internacional del trabajo, eliminando restricciones a las libertades individuales, reduciendo costos de transporte y de comunicación e integrando progresivamente a los individuos que componen la gran sociedad» (Ravier, 2012, pág. 76). Es importante reparar en el hecho de que este proceso que Galeano observa como una acumulación de saqueos, nosotros lo identificamos como la base del progreso y el desarrollo.

Dicho esto, uno de los roles claves del *Estado limitado* en este sistema capitalista puro es proteger la *propiedad privada*. Y me permito aquí hacer una *defensa utilitarista* de la propiedad, tal como lo hizo Mises (1927), en el sentido de que esta es *necesaria* para que haya progreso. Decíamos más arriba que el cálculo económico solo es posible a través de los precios, pues debemos advertir también que los precios solo serán posibles en una economía pura de mercado donde exista propiedad privada de los medios de producción.

Esta es la crítica devastadora sobre el socialismo que enfatizaron Ludwig von Mises (1922) y Friedrich Hayek (1935; 1972) y que al día de hoy permanece sin respuesta. Sin propiedad privada de los medios de producción, no habrá mercados para esos medios de producción. Sin mercados para esos medios de producción, no habrá precios para los medios de producción. Si no tenemos precios para esos medios de producción, no habrá posibilidad de hacer cálculo económico, y con ello el empresario no podrá asignar con un mínimo de eficiencia los recursos, resultando entonces en un caos económico que no podrá sobrevivir en el tiempo. De ahí el fracaso del socialismo, *en todas sus formas* —el socialismo real o

de las economías de tipo soviético, el socialismo democrático o socialdemocracia, el socialismo conservador o de derecha, la ingeniería social o el socialismo cientista, el cristiano-socialismo, sindicalista, etc—, cada vez que se le intentó aplicar (Huerta de Soto, 1992, págs. 136-147).

Aquí los austríacos enfatizan el *problema del conocimiento*. Si entendemos el problema económico como un problema de conocimiento acerca de cuáles bienes y servicios deben ser producidos, entenderemos que ese conocimiento está disperso en las millones de personas que conviven en la sociedad. ¿Puede un líder socialista advertir qué bienes y servicios necesitan las personas? La respuesta es negativa, ya que en ausencia de precios tal conocimiento está ausente. Es justamente a través de la demanda que este conocimiento es revelado a las empresas (Huerta de Soto 1992; Ravier, 2011).

1.6. *Fallas de mercado y fallas del Estado*

No podemos cerrar esta primera sección sin una breve pero importante referencia a las fallas de mercado (Cowen, 1988). Se asume que el gobierno debe asumir varios roles y los argumentos que los economistas han utilizado van desde los bienes públicos hasta las externalidades, y desde las asimetrías de información hasta los monopolios o la necesaria redistribución del ingreso. Sin embargo, ninguno de estos argumentos escapa a la ambigüedad o la arbitrariedad.

Numerosos bienes y servicios cumplen con las condiciones de no rivalidad y no exclusión, y sin embargo, no deben ser necesariamente provistos por el Estado. Numerosas acciones de ciertas personas generan externalidades positivas y negativas sobre terceros, y eso no amerita en todos los casos la